

LOS DESAFÍOS DEL ÁRTICO: CONCILIAR EL DESARROLLO ECONÓMICO Y LA PROTECCIÓN AMBIENTAL

Edit Antal

Introducción

El Ártico es una región entre Europa, Asia y América altamente frágil y vulnerable, donde el cambio climático ha acelerado el desarrollo y, con ello, se ha convertido en una zona muy atractiva y cada vez más disputada a nivel global. En particular, para Canadá el asunto del Ártico, junto con la llamada cuestión del Norte, es de gran significado y de muchas dimensiones que traen a la luz asuntos de seguridad, medioambiente, economía, recursos naturales, clima, aspectos culturales y étnicos, elementos constituyentes de la identidad nacional, y en el ámbito internacional significa tanto desafíos como puntos de atracción.

Un análisis de este asunto tan complejo y multifacético para Canadá incluye dos frentes: en el entorno nacional, el choque de intereses para sortear los enormes beneficios que promete, así como los daños causados por el cambio climático para las comunidades locales y el medioambiente, y en el internacional, la disputa —por el momento diplomática— de alto nivel, cuyos protagonistas son nada menos que Rusia, Estados Unidos, e incluso China, que aunque en realidad no constituye un poder en esta región sí se considera “cercana al Ártico”. El factor desencadenante de dicho proceso es el calentamiento, que aquí tiene efectos particularmente significativos debido al deshielo acelerado del casquete polar y al adelgazamiento de la capa de hielo: la temperatura en el siglo xx aumentó cinco grados y para los próximos cien años se estima un incremento de entre cuatro y siete grados.

Las principales preguntas que guían este trabajo giran en torno a comprender la verdadera dimensión de la disputa por el Ártico en el marco del cambio climático y qué papel juega este último, así como las perspectivas que se abren para Canadá. La capacidad y voluntad de este país para responder

en el ámbito internacional están a la par de cómo lo hace en la escala nacional y de la manera en que es capaz de sortear las distintas facetas interconectadas —entre los derechos de las comunidades locales, los recursos naturales y el medioambiente— del Ártico y del Norte. Este capítulo pretende —en el entendido de que los impactos del cambio climático en la región van de la mano del manejo de sus efectos a nivel nacional— ubicar la importancia del Ártico para los canadienses. Desde una perspectiva constructivista, examina la situación geopolítica del Ártico y el rol de Canadá en la región, así como las estrategias del plan estratégico del actual gobierno de Justin Trudeau, en comparación con los gobiernos conservadores anteriores.

El capítulo se divide en cuatro partes. En la primera se analizan los impactos del cambio climático que han sido los detonadores principales de los desafíos actuales en la región; en otras palabras, busca explorar la dimensión de la complejidad de los asuntos involucrados, con el fin de presentar el tamaño del reto que supone la región del Ártico y del Norte para Canadá.

En la segunda parte —con base en la tesis que sostiene Danita Catherine Burke en su libro sobre la soberanía ártica en el imaginario colectivo canadiense— se discuten las principales narrativas sobre la región, tales como la romántica, la económica y la de seguridad, tanto en su dimensión militar como en la ambiental. Este enfoque, de acuerdo con la concepción constructivista, permite entender los límites que enmarcan las estrategias y las políticas de Canadá sobre el Ártico (Burke, 2018).

En la tercera sección se revisan los principales puntos contenciosos que enfrenta Canadá a nivel internacional, como uno de los países que cuenta con un amplio espacio territorial, pero también con una relativamente limitada capacidad para operar y controlar esta región, cuya importancia va en aumento. Dicha revisión se realiza a partir de los instrumentos que ofrecen el derecho internacional y los mecanismos de cooperación en el marco del Consejo Ártico en la zona.

Finalmente, la cuarta parte examina la estrategia ártica en el periodo del gobierno de Stephen Harper, con énfasis en la soberanía y en la explotación de los recursos naturales, y se la compara con la estrategia nacional actual de Justin Trudeau, con el fin de entender los cambios e identificar los elementos constantes en la política canadiense hacia la región.

Impacto del cambio climático

Con los ya conocidos efectos del cambio climático en el planeta, particularmente graves en el Ártico, esta región se ha vuelto un símbolo de la inminente catástrofe, lo que la coloca en el centro de la atención mundial. Todo el mundo ha visto la imagen de un oso polar varado en una pequeña placa de hielo, cuando —como señala el historiador Ken Coates— en realidad lo que debería ser el vértice de las preocupaciones son las comunidades indígenas, como los inuits, que ahí habitan y cuya sobrevivencia se encuentra gravemente comprometida (Coates *et al.*, 2008).

En lo que va del siglo XXI, el interés por la región ártica no ha dejado de crecer, lo cual se debe principalmente a que los efectos del cambio climático facilitan la accesibilidad y con ello la utilidad económica de la región. Se calcula que en el Ártico se encuentran entre el 20 y el 25 por ciento de las reservas mundiales de petróleo y gas, además de carbón, minerales y recursos pesqueros.

Es de sobra conocido que el calentamiento es tres veces mayor allí que en otras partes del planeta. Entre otras razones, esto se explica por el albedo de hielo, que altera la reflexión, porque el deshielo hace que la superficie sea más oscura, absorbiendo, por tanto, más radiación solar, y de esta forma se calienta más que la nieve o el hielo blanco. El mismo efecto se produce con la banquisa, el mar de hielo y el permafrost (la capa del suelo permanentemente congelada), que al descongelarse liberan carbono.

Los impactos del incremento acelerado de la temperatura en el Ártico muestran signos peligrosos: la velocidad del calentamiento ya supera la capacidad de adaptación natural de los ecosistemas, por lo que se está rebasando el umbral de inflexión, lo que se observa en la disminución del hielo oceánico, la placa de hielo de Groenlandia, los bosques boreales y las comunidades de plancton en el permafrost.

Además del elemento climático, la creciente actividad humana también constituye un factor poderoso para elevar todavía más la temperatura. Se forma un círculo vicioso: el cambio climático hace posible la creciente actividad económica, la cual aumenta la emisión de gases de efecto invernadero (GEI), lo que acelera el deshielo, que a su vez causa mayor calentamiento, incrementando más aceleradamente la emanación de los GEI. Detener la expansión económica en la región resulta una tarea muy difícil porque promete

mucha ganancia, y de esta manera el valor económico del Ártico crece al mismo ritmo que la temperatura.

Como consecuencia del acelerado calentamiento en la zona, los beneficios económicos se consideran muy altos, lo que ha provocado una apertura y oportunidades de negocio nunca antes vistas en la región. En este sentido, para la navegación marítima el beneficio es recortar la distancia entre América, Europa y Asia; se calcula que esta reducción será de alrededor del 40 por ciento del tiempo al hacerse más rápidas dos rutas marítimas de importancia comercial estratégica: la del Noroeste, que se liberó por primera vez en 2007, y la del Noreste, que actualmente se libera durante veinte días al año, pero se cree que para 2080 podría estar completamente abierta. El retroceso geográfico del hielo ha creado también condiciones para acceder a las reservas extractivas de vastos recursos de energía, principalmente carbón, gas y petróleo, así como de minería, metales básicos y preciosos. Además, se dice también que el deshielo abre las puertas cada vez más al ecoturismo nórdico e incluso al desarrollo agrícola: un estudio de la Universidad de Guelph sostiene que en unos cincuenta años Canadá podría producir, por ejemplo, trigo en sus territorios del Noroeste (Criado, 2020).

Todo lo anterior ocasiona que los países árticos se apresuren a explorar y delimitar sus fronteras en la región, así como a elaborar planes de inversión y prometer nuevas fuentes de empleo. Canadá también ha empezado a reclamar soberanía y, a nivel interno, en el periodo de Harper se marginó la política de cambio climático respecto de la energética, pues abrir el acceso a las tierras frías se entendía como una ventaja para la competitividad. A este respecto, se ha manipulado a la opinión pública y el asunto del cambio climático nunca ha llegado a tener un peso electoral significativo.

Con la llegada en 2015 de Justin Trudeau al poder, el discurso gubernamental ha cambiado en el sentido de emprender un esfuerzo para conciliar el desarrollo económico con el medioambiente. Esto, sin embargo, no significa que la nueva política deje de ser ambigua pues, por ejemplo, se han gastado más recursos en apoyar a la industria energética —Canadá es el cuarto productor de petróleo y el quinto de gas— que en la reducción de las emisiones. Ahora bien, esta conciliación no es fácil pues Canadá es uno de los mayores emisores per cápita de gases de efecto invernadero en el mundo (McKibben, 2020). Para citar otro ejemplo, Trudeau lanza el plan de impuestos al carbono y al mismo tiempo nacionaliza y amplía el oleoducto TransMountain. En estas

condiciones, la meta de lograr la neutralidad de carbono para 2050 por vía de gravarlo y simultáneamente reducir el costo de la energía limpia bien podría no cumplirse (Porras, 2019).

El alma de Canadá y las narrativas canadienses del Ártico¹

La inmensa mayoría de los canadienses no vive y no tiene actividades económicas en la zona del Norte y menos en el Ártico, lo que permite suponer que desconocen la región; sin embargo, el imaginario colectivo del pueblo de Canadá es un factor poderoso que impacta tanto en las creencias y las actitudes como en los valores relativos a la vida, la economía, la seguridad, los conflictos internacionales y el medioambiente.

A lo largo de la historia, el Ártico, y en general el Norte, ha formado parte esencial de la identidad canadiense, cuya importancia en la definición como nación ha sido ampliamente reconocida y documentada. La idea del Norte es considerada un mito canadiense y, como sabemos, sin los mitos las naciones mueren (Schaffer, 1980). Burke lo explica de la siguiente manera:

Las ideas sobre el Ártico se han arraigado en el imaginario colectivo de la sociedad canadiense, con el Ártico representando algo percibido y promovido como fundamentalmente canadiense. [...] Algunos autores argumentan que [el Ártico] ayuda a definir a Canadá como una nación única del Norte compuesta de una vasta naturaleza que la distingue de Estados Unidos (Burke, 2018: 2-6).

Es interesante que la noción romántica del Ártico incluso haya sido útil a Canadá para diferenciarse de Estados Unidos, que también posee una parte de esa región, pero que no integra su identidad nacional.

Danita Catherine Burke sostiene que la relación de Canadá con el Ártico puede comprenderse por medio de tres grandes conjuntos de conceptos: el romántico, que presenta una frontera venerada como un espacio prístino; el económico, que puede llegar a significar una ganancia monetaria y el de seguridad, una frontera que necesita protección en dos sentidos, en el aspecto militar y en el ambiental.

¹ La expresión fue tomada del geógrafo David G. Silcox (2019), quien afirma que “The Arctic is in many ways the soul of Canada”.

LA DIMENSIÓN ROMÁNTICA

A pesar de que probablemente surgió de manera no intencional, esta noción se remonta a la época colonial y a lo largo de los siglos ha sido deliberadamente cultivada a través de la narrativa gubernamental en la prensa, la literatura, el arte, el cine, etcétera. De alguna manera, dicha narrativa ha servido para legitimar la reclamación de pertenencia del Ártico, incluso independientemente de que se tenga o no control real sobre este vasto territorio.

El historiador W. L. Morton, en *The North in Canadian History*, publicado en 1960, sostiene: “Concluyo, por lo tanto, con una paradoja. El significado último y completo de la historia canadiense se encuentra donde no ha habido historia canadiense, en el Norte”.²

En su libro *Canada and the Idea of North*, Grace Sherrill argumenta detalladamente que los canadienses siempre han utilizado la idea de Canadá como Norte —símbolo de pureza, magnetismo y hogar— y aun cuando estas creencias no sean convincentes o sean contradictorias, han servido para promover una identidad distintiva e incluso forjar la unidad nacional. La autora sostiene que lo que los canadienses quieren decir con la expresión enigmática “the North” o “true North strong and free” cambia constantemente, y que en realidad puede ser ubicado en cualquier lugar dentro del país: “El Norte, en tanto idea, es cualquier región física que pueda ser mapeada y medida para la nordicidad” (Sherrill, 2001: xii).

LA DIMENSIÓN ECONÓMICA

La segunda noción, la económica, alude a una frontera de ganancias de todo tipo: recursos renovables y no renovables, pesqueros, animales con pelaje y grasa, minerales, petróleo, gas natural y rutas comerciales:

Es en el Norte donde la sobrevivencia de la economía de subsistencia nativa es esencial; es allí donde se determinará el lugar de los pueblos nativos; es allí donde se pondrá a prueba nuestro compromiso con los objetivos medioambientales y la cooperación internacional. En el Norte se encuentra el futuro de Canadá (Berger y Roche, 1989: 43).

² La cita ha sido retomada de Grace Sherrill (2001). La traducción de todas las citas del inglés en este artículo es propia.

Esta narrativa económica se centra en las ganancias y rara vez ha tenido en cuenta las condiciones de vida, los derechos de la población indígena de la región nórdica y las consecuencias dañinas que la actividad extractiva ha traído consigo tanto para las comunidades locales como para el medioambiente. En opinión de Burke, la noción económica ha recibido influencia de la narrativa romántica que, en ocasiones, ayudaba a ocultar los verdaderos motivos de las actividades en favor de la lógica de la ganancia. A partir de 1968, cuando se descubrió el petróleo en Alaska y Estados Unidos intentaba transportarlo a través de la ruta del Noroeste, la narrativa económica ha cobrado cada vez más fuerza. Para finales del siglo xx, el interés por el Ártico se incrementó enormemente debido a los efectos del cambio climático.

LA DIMENSIÓN DE LA SEGURIDAD

En cuanto a lo que se dice de la seguridad son dos las instancias: la militar y la ambiental. La primera se relaciona con la idea de la defensa de la soberanía —e indirectamente de la propiedad— así como con la presencia de ojivas nucleares y submarinos. La segunda, en cambio, tiene que ver con la contaminación, derrames petroleros (a partir de los años setenta) y el cambio climático. Los gobiernos han utilizado a lo largo de la historia la noción tradicional de la seguridad a través de la imagen de las fuerzas armadas (Canadian Armed Forces, CAF), lo que ha justificado realizar mayores gastos militares en el Ártico.

En opinión de Burke, la noción de seguridad es una especie de mediadora entre la primera y la segunda narrativas en el sentido de, por un lado, guardar la pureza de la región, pero, por el otro, no impedir la explotación de los recursos y permitirlos en condiciones ambientalmente favorables (Burke, 2018: 120). Hay que recordar que Canadá, salvo durante el periodo de Harper, ha trabajado en forjarse una imagen internacional positiva como protector del medioambiente que, entre otras cosas, le ha servido para justificar su posición en las controversias en la región del Ártico. En relación con los gastos militares hay que tener en cuenta que la noción de la seguridad no siempre guarda una relación lineal con lo oneroso que resultaría su implementación en un territorio tan vasto y complejo como es la porción canadiense del Ártico. Ésta es la razón principal por la que Canadá tuvo que asociarse con Estados Unidos para la defensa de la región.

“La mayor parte del Ártico de Norteamérica pertenece a Canadá, pero la mayoría de los activos militares que pueden operar en la región, como los submarinos nucleares, son propiedad del gobierno de Estados Unidos” (Burke, 2018: 126). A pesar de la colaboración en esta materia, existe un recelo o desconfianza canadiense hacia su vecino, cuyos orígenes se remontan a 1903, cuando las fronteras de Alaska fueron definidas a favor de Estados Unidos.

La noción de un país protector del medioambiente se ha tratado de mantener a pesar de episodios evidentemente negativos en esta materia, como por ejemplo, la salida de Canadá del Protocolo de Kioto sobre cambio climático, además de que se ha tratado de incorporar a la protección ambiental a las comunidades indígenas, a las ONG y a las empresas multinacionales.

En definitiva, la tesis principal del libro de Burke, de que la noción imaginaria que tengan los canadienses sobre el Ártico —tratándose de una sociedad democrática— delimita en gran parte los márgenes de maniobra de los gobiernos canadienses, tanto en la política nacional como en la internacional, parece ser un buen punto de partida para los fines de este capítulo.

La geopolítica y el ámbito internacional

En cuanto a la dimensión internacional del Ártico, se puede decir que en general Canadá no ha sido un actor protagónico en la región. Por razones que probablemente tienen que ver con el poder, en caso de controversias Canadá siempre ha jugado al lado de Estados Unidos, a pesar de mantener una ideología liberal y multilateral. Esto, además de por su debilidad militar, también se explica por la voluntad de evitar un enfrentamiento con su poderoso vecino.

Con el fin de situarse en perspectiva, hay que recordar que Canadá es uno de los ocho países del Ártico circumpolar —junto con Estados Unidos, Rusia, Dinamarca, Noruega, Finlandia, Suecia e Islandia— en donde en total viven cuatro millones de personas, de las cuales medio millón son indígenas. Canadá —representando a los Territorios del Noroeste, Nunavut y Yukón— y los otros siete países mencionados son miembros del Consejo Ártico, el único foro intergubernamental, establecido en 1996 en Ottawa, que discute asuntos comunes que enfrentan los gobiernos de la región. Aparte de estos miembros, el Consejo agrupa también a los representantes de los pueblos indígenas e incluso a una serie de Estados no árticos en calidad de observadores, entre

los que están incluidos China y otros países, principalmente asiáticos, así como varias naciones europeas.

La Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CNUDM) está a cargo de los derechos, deberes y jurisdicción de la zona. El Marco de Políticas del Ártico y del Norte de Canadá (*Canada's Arctic and Northern Policy Framework*, ANPF) menciona que el país actualmente tiene tres disputas fronterizas, una con Estados Unidos y dos con Dinamarca; sin embargo, el asunto potencialmente más conflictivo es el del Paso del Noroeste (*Northwest Passage*), cuya importancia ha crecido durante las últimas décadas, a partir del acelerado calentamiento de la región.

Para entender la postura internacional de Canadá sobre el Ártico es conveniente tener presente la cuestión de la identidad, ya ampliamente expuesta más arriba: “La identidad canadiense, cultivada y asociada con la región ártica nacional, ejerce influencia en la manera en la que el Estado formula sus posturas internacionales para esa región y promueve su agenda de política exterior” (Burke, 2018: 3).

Por otra parte, el conocido politólogo noruego especialista en estudios sobre la región, Geir Hønneland, en su artículo “The Global Fight against Canada in the Arctic”, revisa con un enfoque constructivista la percepción rusa sobre la situación internacional del Ártico. El autor llega a la conclusión de que en el debate ruso predominan dos grandes metanarrativas: la perspectiva geopolítica de Rusia *versus* Occidente y la visión nacional-mítica de Rusia y el Ártico, que no son mutuamente excluyentes, sino que se refuerzan y muestran a Occidente como el enemigo de quien Rusia debe salvar el Ártico. En este marco, lo más importante del texto para fines de este trabajo es que Hønneland encuentra que los medios de comunicación rusos suelen identificar a Canadá como un agresor con deseos de “conquistar” el Ártico y cuestionan con frecuencia las afirmaciones de funcionarios canadienses respecto de las intenciones pacíficas de su país (Hønneland, 2017).

Regresando a la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar de 1982, ésta determina que los Estados tienen jurisdicción respecto de su Zona Económica Exclusiva, la cual abarca doscientas millas náuticas a partir de la línea costera y, asimismo, respecto de la plataforma continental que se encuentra dentro de dicha extensión. Además, los Estados pueden solicitar a la Comisión de Límites de la Plataforma Continental un permiso para explorar, extraer y manejar los recursos de la plataforma continental más

allá de las doscientas millas, siempre y cuando demuestren que se trata de una prolongación natural de la zona que se encuentra dentro de los límites. Esta definición en su momento representaba una gran novedad, puesto que anteriormente el Ártico había sido retratado como una región fuera de la jurisdicción de cualquier Estado y de los alcances del derecho internacional.

En el año 2000, Rusia fue el primer Estado del Ártico en solicitar dicho permiso respecto de la plataforma hacia el Polo Norte y, tras haberle sido negado, se intensificó la exploración de la plataforma ártica. Este hecho ha resultado particularmente molesto para Canadá, que ha comenzado a reclamar su soberanía sobre el territorio e incluso hubo declaraciones en contra por parte del ministro de Asuntos Exteriores, Peter MacKay, quien afirmaba que “la cuestión de la soberanía del Ártico en realidad no está a discusión. Está claro. Es nuestro país. Son nuestras aguas” (Coates *et al.*, 2008).

Algunos autores cuestionan la postura canadiense respecto de la defensa de su soberanía en el Ártico, como por ejemplo, el historiador Ken Coates:

Canadá generalmente ha descuidado la región en términos de desarrollo y defensa, enfocándose, siempre que podía, en las prioridades del sur de Canadá; esto implicó que cualquier invasión percibida desencadenaría una reacción. A menudo, estas “amenazas” anticipadas reflejaban nuestra incapacidad para reconocer que nuestras contrapartes en el Ártico también tenían intereses y que tendríamos que negociar con ellos cuando esos intereses entraran en conflicto con los nuestros (Coates *et al.*, 2008).

Además, según la opinión del mismo experto, en cuanto a la división de la plataforma continental del Ártico —dada la extensión de su porción del territorio y litoral en la zona— Rusia tiene todo para ganar. En tamaño la sigue Canadá, como el segundo país con más tierras y costas en la región; de ahí se deduce que en el futuro el mayor conflicto para Canadá en el Ártico podría darse precisamente con Rusia. Durante las últimas décadas, la tensa relación entre estos dos países y las actividades de Rusia en la región también han reforzado la narrativa de la seguridad:

Las ideas tradicionales sobre la región ártica como un área amenazada por fuerzas externas, particularmente [objeto de] amenazas a nivel estatal, son validadas por las acciones de Rusia y por la manera en que son retratadas en los medios de comunicación canadienses. Los vuelos de los bombarderos de Rusia refuerzan las ideas tradicionales y predominantes de seguridad, y el conflicto de Crimea de

2014 sólo proporciona un apoyo adicional a la retórica política en Canadá sobre las intenciones agresivas de Rusia hacia sus vecinos (Burke, 2018: 133).

Uno de los más destacados expertos canadienses en el tema de seguridad en el Ártico, Rob Huebert, sostiene que Canadá no tiene todo lo que necesita para patrullarlo adecuadamente, pero la situación está mejorando. En una entrevista este autor afirmaba que:

El Ártico no está libre de las acciones rusas y Canadá se está preparando para cualquier conflicto potencial con Rusia, ya sea que el gobierno hable de ello o no [...]. Cuando se trata del Ártico, todos los gobiernos quieren hablar de paz y *kumbaya*. Ésa es la retórica [...], pero si se mira [aquello] para lo que nos estamos preparando, se puede prever que el futuro será mucho más oscuro (Valencia, 2018: s. p.).

El control del Paso del Noroeste constituye una de las controversias más complejas entre Canadá y el resto de los países del Ártico. Una de las consecuencias más importantes del deshielo en esta región será la posibilidad de navegar, se calcula que aproximadamente para 2030, a través del estrecho denominado Paso del Noroeste, de manera segura y continua. Desde hace décadas la disminución del hielo ha originado que el tráfico marítimo internacional en ese estrecho se incremente, el cual está, según las reglas del derecho internacional del mar, a disposición de todos los países a pesar de que sea parte de las aguas nacionales de Canadá (Coates *et al.*, 2008).

La Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar de 1982 establece que, de manera general, los estrechos pueden ser utilizados para la navegación internacional. El derecho de paso en tránsito se encuentra en los artículos 36 y 37, los cuales estipulan “que todos los buques y aeronaves gozarán del derecho de paso en tránsito, que no será obstaculizado y que hay libertad de navegación y sobrevuelo exclusivamente para los fines del tránsito rápido e ininterrumpido por el estrecho” (CNUDM, 1982).

En virtud de esta disposición, Estados Unidos, China, la Unión Europea y demás actores sostienen que el Paso del Noroeste es un estrecho internacional y que, por tanto, todos tienen libertad de navegación a través de él. Por el contrario, Canadá es el único país que afirma que es parte de sus aguas interiores y, en consecuencia, los artículos 2 y 18 de la misma Convención se aplican para el caso, pues establecen que: “La soberanía del Estado ribereño se extiende más allá de su territorio y de sus aguas interiores” (CNUDM, 1982).

De esta forma, según Canadá el derecho de paso no aplica para sus aguas interiores y, en este sentido, los demás Estados no gozan de la libertad de navegación a través del Paso del Noroeste. El artículo 234 sobre zonas cubiertas de hielo establece que “los Estados ribereños tienen derecho a dictar y hacer cumplir leyes y reglamentos no discriminatorios para prevenir, reducir y controlar la contaminación del medio marino” (CNUDM, 1982).

Además, también existe la noción de *posesión efectiva* en torno a las controversias territoriales. De acuerdo con López Martín, la Corte Internacional de Justicia ha utilizado esta noción para determinar a quién corresponde la soberanía sobre un territorio cuando no hay claridad al respecto. La posesión efectiva implica el “ejercicio continuo y pacífico de funciones de un Estado sobre un territorio determinado” (López Martín, 2013: 26). En la práctica esto significa que si un Estado demuestra que ha tenido posesión efectiva sobre un territorio, eso junto con otros criterios podría contribuir a que se reconozca su soberanía sobre ese sitio específico.

Según Burke, la población canadiense ha sido forzada a expresar su creencia firme en la posesión de Canadá del Paso del Noroeste y, en consecuencia, ha presionado al gobierno para que adopte esta postura (Burke, 2018: 160). De acuerdo con su análisis, no se trata de quién posee sino de quién controla el Paso. Considerado como aguas interiores históricas,³ Canadá debe conceder el permiso de navegación, y para reforzar esta tesis se utiliza el argumento de que existen comunidades indígenas que viven en las zonas cubiertas de hielo. A pesar de que siempre se ha vislumbrado a futuro como una ruta comercial, en realidad ha habido muy poco movimiento y cada vez que ha llegado algún buque extranjero los medios de comunicación canadienses se han encargado de fomentar el sentimiento nacionalista.

Finalmente, entre la presión para declarar la autoridad de Canadá sobre el Paso del Noroeste y la imposibilidad de hacerlo —debido a la reacción de Estados Unidos y de otros países— se encontró una solución equilibrada en 1970, con la ley ambiental *Arctic Waters Pollution Prevention Act* (AWPPA) para evitar la contaminación del ecosistema marino. Esto significaba un cambio y cierto reconocimiento de la posición de Canadá, y si bien no hubo una solución, al menos se silenció el debate sobre la soberanía. En 1988, Canadá

³ Para demostrar la propiedad histórica sobre las aguas se deben cumplir tres requisitos: autoridad y control exclusivo; utilización de las aguas por un largo periodo y consentimiento por parte de otros Estados involucrados.

y Estados Unidos llegaron a un acuerdo de respetar las diferencias de posición, un *agree-to-disagree*, y se han concretado acuerdos de cooperación. En virtud de cierta división del trabajo, Estados Unidos se encarga de la defensa necesaria ante las limitaciones de las fuerzas armadas canadienses, mientras que Canadá se ocupa del control de las aguas y del medioambiente. Sólo hay doscientos militares de tiempo completo desplegados en un territorio que comprende el 40 por ciento de la extensión total de Canadá (Byers, 2019).

En virtud de la AWPPA, Canadá ha establecido un sistema obligatorio de registro de los buques que transitan las aguas del Ártico canadiense (Northern Canada Vessel Traffic Services Zone Regulations, Nordreg). El cumplimiento de dicho registro por parte de los buques nacionales e internacionales “ha dado un respaldo legal, político y psicológico a la creencia canadiense de que el Paso del Noroeste pertenece a Canadá y ha establecido cierto grado de normalización internacional sobre esta opinión” (Burke, 2018: 180); sin embargo, esto no cambia el estatus legal del Paso del Noroeste a favor de Canadá ni se pone fin a la disputa. Canadá sigue siendo el único país que reconoce el multicitado estrecho como parte de sus aguas internas. Más adelante, en 2010, con el gobierno de Harper se incrementó la presencia canadiense en la región ártica, extendiéndose la zona bajo la jurisdicción de la AWPPA.

La apertura del estrecho como consecuencia del cambio climático, sin duda tendrá algunas implicaciones positivas para el comercio internacional. Scott Borgerson opina que aquél constituiría una masa de agua común que uniría a las más importantes economías y compara el impacto que tendría con los canales de Suez y Panamá. Asimismo, la reducción de las distancias de los viajes generaría, además de ahorro de dinero, una disminución en el consumo de combustible, reduciéndose de esta forma la presión ambiental (Borgerson, 2013).

Al mismo tiempo, lo anterior despierta preocupaciones en Canadá respecto de diversas cuestiones de seguridad y defensa. La apertura del estrecho, además de la libre entrada de buques de otros países, podría significar un punto de acceso a terroristas, contrabandistas e inmigrantes a América del Norte que Canadá no está preparado para enfrentar. Especialistas canadienses en el tema frecuentemente señalan que las intenciones de proteger el Norte se han quedado en el papel y responden más bien a coyunturas electorales, por lo que han insistido en que Canadá debe incrementar su presencia militar en el Ártico (Coates *et al.*, 2008).

Estrategias y políticas nacionales

La disyuntiva entre protección ambiental *versus* explotación económica en el Ártico es una constante en Canadá, una ecuación que es susceptible de cambios. Una encuesta de opinión pública, realizada por Ipsos en 2008, revela que el 57 por ciento de los canadienses pensaba que el ecosistema ártico era muy frágil para la extracción de recursos y, por lo tanto, debía mantenerse intacto, y otro 40 por ciento sostenía que el potencial de esos recursos era demasiado vasto como para ignorarse, por lo que debía promoverse la extracción. Tal como afirma Burke, “en términos generales, los canadienses no quieren que su idea del Ártico prístino sea destruida por la búsqueda de riquezas árticas” (Burke, 2018: 104).

Otro estudio de opinión, realizado en 2011 por Ekos, reveló que para los canadienses (tanto del Norte como del Sur) resulta más importante crear y aplicar normas para proteger el medioambiente en el Ártico que incrementar el aprovechamiento de sus recursos naturales (Munk School of Global Affairs, 2011). Al ordenar sus prioridades en una lista de doce opciones, el desarrollo de políticas para proteger el medioambiente fue ubicado como la prioridad número tres para los canadienses del Sur y la cinco para los del Norte, al mismo tiempo que incrementar la explotación de los recursos naturales figuró como la diez para los del Norte y once para los del Sur. La interpretación final de esta encuesta es que el público canadiense no acepta la idea de que es urgente extraer recursos naturales como un ejercicio de soberanía (Landriault, 2016: 165).

El equilibrio *sui generis* que se ha creado a lo largo de la historia entre la ganancia económica y el cuidado de la naturaleza en relación con el Norte, y en particular con el Ártico, es característicamente canadiense, lo cual, por cierto, encierra un alto grado de ambigüedad: “Los canadienses han construido un interesante rol social y político como guardianes del medioambiente, el cual ayuda a lograr cierto equilibrio en el conflicto entre el deseo de conservar lo prístino y mantener la opción de acceder a recursos, que es una línea de pensamiento aprovechada por el actual primer ministro Justin Trudeau” (Burke, 2018: 104).

Esta ambigua disyuntiva se refleja también en las posturas que mantienen los grupos ambientales no gubernamentales y los pueblos indígenas: “La relación entre organizaciones indígenas y las ONG ambientales solía ser

una de conflicto y sospecha, pero ahora esos grupos están trabajando juntos para proteger las especies, el medioambiente, la cultura y el futuro común” (Tyrrell, 2016).

Entre los grupos ambientales con mayor presencia en el Ártico se menciona a Greenpeace y a World Wild Fund, cuyas posturas públicas en el pasado solían oponerse a los intereses de los pueblos indígenas. Esta tendencia dominaba, por ejemplo, entre 1960 y 1980 cuando, en virtud de la presión de los movimientos ambientales, se prohibió la caza de focas, de la cual dependían considerablemente las comunidades indígenas que, en ese entonces, aún no gozaban de la participación política que ahora tienen; sin embargo, esta situación cambió cuando ambientalistas y pueblos locales llegaron a acuerdos y formaron una coalición en torno a la búsqueda de la justicia ambiental, la sostenibilidad, los derechos humanos y la defensa de los animales para enfrentar el poder de las corporaciones multinacionales y el de aquellos gobiernos que cuentan con agendas de extracción y uso de combustibles fósiles (Tyrrell, 2016). La actitud de las provincias ha sido históricamente obstruccionista porque las medidas federales las afectarían desproporcionadamente y las excluyen de los instrumentos aplicables.

El periodo de Stephen Harper

El gobierno de Stephen Harper promovió una agenda muy intensa en el Ártico y fue particularmente activo en enfatizar el desarrollo de un sentido de propiedad canadiense sobre sus territorios; una muestra notable de ello fue la publicación en 2010 de la Declaración de la Política Exterior de Canadá en el Ártico (*Statement on Canada's Arctic Foreign Policy*).

De acuerdo con Burke, el discurso de “úsalo o piérdelo” en el Ártico ha sido recurrente en la política canadiense para justificar las agendas, principalmente las de seguridad, de los gobiernos en la región. Stephen Harper sostenía en una de sus declaraciones en 2007 que “Canadá, cuando se trataba de defender su soberanía sobre el Ártico tenía la opción de ‘usarlo’ o perderlo”. Otros autores, como Lackenbauer, argumentan en el mismo sentido al afirmar que para la administración de Harper la idea era que “si un país no demuestra su ocupación y control efectivo sobre su territorio, puede perder su soberanía ‘por abandono’” (Griffiths *et al.*, 2011: 96).

Este discurso de “úsalo o piérdelo” ha sido asociado en el pasado con acontecimientos negativos y a pesar de que no se refiere específicamente a los indígenas, en ocasiones ha sido usado por el gobierno para legitimar prácticas que los involucran, como por ejemplo, en 1953, cuando trató de reafirmar su propiedad sobre el archipiélago ártico a través de la ocupación.⁴ Para poder afirmar que le pertenecía, porque algunas comunidades canadienses, específicamente de inuits, lo habitaban, fueron reubicadas de manera forzada muchas familias de esa etnia, que solían habitar en las zonas bajas del norte de Canadá, en las partes altas, a pesar de que esto tendría implicaciones negativas para ellas, pues se enfrentaban a un clima más duro (Burke, 2018: 135).

Durante la administración de Harper, el enfoque inicial del discurso sobre seguridad y soberanía evolucionó cada vez más hacia el razonamiento económico, particularmente hacia la promoción de la explotación de los recursos de las comunidades del Norte. Esta tendencia, a su vez, fomentó la oposición, aumentando, por un lado, la participación política de algunas comunidades indígenas que han ganado mayor voz en la defensa de sus derechos e intereses, y por el otro, el involucramiento de organizaciones no gubernamentales como Greenpeace y de un significativo número de ciudadanos que se oponían a la explotación de los recursos y defendían la preservación de los ecosistemas en el Ártico. A pesar de que en este periodo tuvo lugar una mayor inclusión de las comunidades locales, esto no suponía que los grupos indígenas tuvieran una posición única, pues no todos apoyaban la creciente explotación de los recursos en la región.

El incremento del peso que ha logrado tener la participación política de las comunidades, gobiernos locales y organizaciones inuits se ha manifestado, por ejemplo, en que el gobierno de Canadá impidió que la Unión Europea se integrara como observador del Consejo Ártico para que no promoviera su campaña por la prohibición de la caza de focas, lo cual afectaría a dichas comunidades. En el periodo de 2013 a 2015, el gobierno de Harper aprovechó la presidencia de dos años de Canadá en el Consejo Ártico para reforzar su

⁴ “La decisión de usar el Ártico como un medio efectivo de afirmación de soberanía fue apoyada por una interpretación del derecho internacional presentada por el antiguo Departamento del Interior del gobierno. Un documento sugiere que la mejor manera de que Canadá afirmara su soberanía sobre el archipiélago ártico era a través de la ‘posesión efectiva’, principalmente mediante su ocupación y la aplicación de la ley canadiense en la región” (Burke, 2018: 135).

enfoque nacional tanto para el crecimiento económico de la región ártica como para mejorar los beneficios del desarrollo para los pueblos indígenas del Norte. Esta misma tendencia se reflejó también en la elección de Leona Aglukkaq, una política inuit, como representante de Canadá en el consejo (Burke, 2018: 107).

Para caracterizar en breve el desempeño de la política canadiense Burke se expresa de la siguiente manera: “El relativamente reciente gobierno conservador liderado por el primer ministro Stephen Harper (2006-2015) es un ejemplo destacado de un gobierno canadiense que trató de asociarse con el Ártico como un promotor de pasiones nacionalistas” (Burke, 2018: 231).

Los opositores a la estrategia de Harper, como Peter Wilson y el político liberal Jack Layton, sostenían que las actividades en el Ártico deberían estar orientadas más bien a la conservación y el manejo ambiental, así como al empoderamiento de las comunidades, lo que sería mucho más útil para reafirmar la soberanía. Una postura parecida es la de Mary Simon, una líder inuit, quien manifiesta que para lograr la soberanía del Norte es necesario satisfacer las necesidades de este grupo étnico, acortar las brechas que lo separan de los demás ciudadanos canadienses y, a su vez, emplear a sus integrantes en trabajos de monitoreo ambiental (Coates *et al.*, 2008).

Uno de los estudiosos más destacados de los asuntos del Ártico en Canadá, Rob Huebert, profesor de la Universidad de Calgary, sostiene que el gobierno liberal de Justin Trudeau sigue un curso similar al de la administración conservadora de Stephen Harper:

En lo que respecta a las cuestiones de defensa del Ártico es fascinante ver que casi todas las iniciativas de la era Harper en el Ártico, como los buques de alta mar y la modernización del Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial (North American Aerospace Defense Command, Norad), no sólo continuaron, sino que recibieron un apoyo entusiasta de los liberales. En gran medida, al menos en términos de política, hemos visto una amplia aceptación de una política de seguridad tradicional en lo que se refiere al Ártico (Valencia, 2018).

El periodo de Justin Trudeau

El gobierno del primer ministro Justin Trudeau, desde 2015 a la fecha, sin duda ha sido menos activo en asuntos de la región ártica y ha utilizado otro

marco de referencia distinto del de su antecesor. De todas formas, esto no quiere decir que no haya mantenido la postura de la naturaleza fundamentalmente canadiense del Ártico (Burke, 2018: 35).

La visión general del Marco de Políticas del Ártico y del Norte de Canadá (*Canada's Arctic and Northern Policy Framework*) (Gobierno de Canadá, 2019) refleja la cooperación entre todos los interesados locales y los poderes provinciales y centrales.⁵ El documento destaca que fue precisamente Mary Simon,⁶ la representante especial del ministro de Asuntos Indígenas y del Norte, quien asesoró al gobierno federal sobre los temas más importantes que enfrenta la región conforme al principio muy reivindicado por los pobladores del Ártico de “nada de nosotros sin nosotros”. En este sentido, su mayor mérito está en que logró una interacción exitosa entre las instituciones y los intereses federales, territoriales, provinciales e indígenas para la consecución de la estrategia.

Dicho marco señala como objetivos centrales hacer cumplir los derechos de los pueblos indígenas del Ártico y del Norte; apoyar el aumento de la autodeterminación y representación de los pueblos indígenas; asegurar que éstos tengan la oportunidad y la capacidad de celebrar tratados; recuperar y fortalecer las culturas de los pueblos indígenas del Ártico y del Norte, incluidas sus lenguas y sistemas de conocimientos; comprometerse a la devolución de tierras, aguas interiores y gestión de recursos en Nunavut y, por último, cerrar la brecha socioeconómica entre los pueblos indígenas árticos y del Norte con las otras regiones canadienses. Asimismo, promete que en una segunda fase la meta será establecer los mecanismos para la gobernanza mediante debates entre los gobiernos y las organizaciones de los pueblos indígenas que trabajaron juntos en la redacción de la primera parte de ese instrumento. Para ello, los mecanismos serían fortalecer los marcos jurisdiccional e institucional para la devolución, los tratados modernos y la reclamación de tierras y los acuerdos de autogobierno; proporcionar un foro para los debates sobre la aplicación de la estrategia y el compromiso de reconciliación en el contexto

⁵ Además del marco existen algunos otros documentos oficiales, como por ejemplo, los informes recientes sobre el Ártico de los comités parlamentarios de la Cámara de los Comunes y del Senado, así como una serie de declaraciones de líderes indígenas y advertencias recientes del primer ministro de los Territorios del Noroeste, Bob McLeod, sobre los desafíos que enfrenta el Ártico de Canadá.

⁶ Mary Simon, conocida como “la madre del Consejo Ártico”, fue galardonada con el premio High North Hero por su compromiso con el pueblo del Alto Norte.

de las renovadas relaciones federales-provinciales-territoriales-indígenas, y asegurar que los foros existentes, como el Comité de Colaboración entre los Inuit y la Corona (Inuit-Crown Partnership Committee, ICPC), el Foro Yukón y el Consejo Intergubernamental de los Territorios del Noroeste (Intergovernmental Council of the Northwest Territories), incluyan a las autoridades y poderes de los gobiernos territoriales, provinciales e indígenas.

Se reconoce que el Marco de Políticas del Ártico y del Norte de Canadá es de amplio alcance, de naturaleza aspiracional y producto de un esfuerzo verdaderamente colaborativo, que incluye a todo un contingente del gobierno federal y a más de veinticinco organizaciones indígenas, junto con los gobiernos de Nunavut, los Territorios del Noroeste, Yukón, Manitoba, Quebec y Terranova-Labrador: “Esos líderes emergentes del Norte y del Ártico tendrán que estar equipados con el apoyo estratégico, de comunicaciones, de asuntos públicos y de adquisiciones que necesitan para ayudarlos a garantizar que Canadá sea un líder en el desarrollo ártico sostenible y saludable y no una víctima del resto de las agendas del mundo sobre ese tema” (Carson, 2019).

El documento fue presentado como un plan para la estrategia ártica canadiense y las acciones hasta 2030, que integra desafíos y políticas locales e internacionales. Ha sido considerado como un plan a largo plazo, una estrategia nacional completa para la realización futura del proyecto de construcción de la nación de Canadá en el Alto Norte, que logra equilibrar los objetivos de seguridad, sociales, ambientales, indígenas y económicos y que podría garantizar que las comunidades y los gobiernos regionales prosperen.

Sus revisores han comentado que las principales deficiencias son que es un tanto general, que no trae novedades sino más bien resume lo que el gobierno de Trudeau ya ha realizado y que además fue lanzado en un momento electoralmente oportuno, pues fue publicado un día antes de las elecciones. Se señala también que carece de consenso entre los mismos grupos que participaron en su elaboración (Gulliksen, 2019).

A juicio de sus críticos, en lugar de un plan de acción completo con sus asignaciones de presupuesto, el marco es un mosaico de políticas departamentales *ad hoc* con algunos recursos presupuestales sueltos, que reflejan la identidad progresista y la narrativa social del equipo de Trudeau y que se dio incluso antes de que los canadienses del Norte y del Sur debatieran un marco de referencia. Algunos analistas sostienen que la administración de Trudeau carece de visión, disciplina y maquinaria para producir un plan de

largo plazo con miras a una política de seguridad y desarrollo económico sería para la región. El MPANC ha sido calificado también como un documento “electoral, autocomplaciente, retroactivo y aspiracional, producto de un proceso de desarrollo de políticas bien intencionado pero defectuoso [...]”; el enfoque no es proporcional a los desafíos que Canadá enfrentará en el Ártico” (Higginbotham, 2019).

El ya citado Rob Huebert destaca que la carencia principal del marco consiste en que no aborda las “decisiones difíciles”, en particular el asunto que todas las naciones árticas están tratando de definir, ¿cómo equilibrar la protección del medioambiente y los derechos indígenas con la explotación y el uso de los recursos?:

Hablan de la necesidad de comunidades sanas y de prosperidad económica. También de protección del medioambiente, pero no explican cómo se pueden resolver los dos juntos. Una de las mayores decisiones que tomó el gobierno federal fue poner una moratoria sobre la evolución del petróleo y el gas en el Ártico, pero uno tendría que preguntarse: bien, si vamos a sacar eso de la foto, ¿dónde encontraremos la base para la prosperidad?, ¿cuáles son las alternativas si el petróleo y el gas no se pueden extraer en el Norte?, ¿queremos proteger el medioambiente? Bien, entonces, ¿cómo trazar el rumbo económico para que la gente tenga el tipo de prosperidad y seguridad de la que hablan? (Gulliksen, 2019).

Conclusiones

El asunto del Ártico y del Norte es, en general, un factor constitutivo para el imaginario colectivo y la identidad nacional canadienses, que como tal moldea los límites de las posibles políticas y posturas que asume el país sobre la región. El fenómeno del cambio climático es el detonador de la apertura del Ártico, por lo que la definición de políticas en torno a dicho cambio —internas y externas— son vitales para sentar las bases hacia una estrategia en el Ártico y en el norte de Canadá. Desde la perspectiva internacional, Canadá ha sido hasta hace poco un problema para el cambio climático, pues ha sacrificado el medioambiente en el largo plazo por la ganancia económica en el corto plazo, sin ofrecer soluciones.

Entre los gobiernos conservadores y liberales se pueden observar cambios de estilo, discurso y énfasis de cómo conciliar el desarrollo económico con el medioambiente; cambia la retórica, pero no necesariamente, y no siempre,

significa cambiar la acción. El internacionalismo verde de los liberales proporciona una actitud más prometedora en el ámbito internacional, pero se presenta como ambiguo en lo nacional. La estrategia sobre el Ártico y el Norte del gobierno de Justin Trudeau es todavía muy reciente como para poder ser evaluada integralmente y el futuro dirá la última palabra.

En cuanto a la geopolítica del Ártico, por razones de relaciones de fuerza y dadas las extremas complejidades de la región, que se traducen en altos costos, a Canadá no le conviene ser una especie de lobo solitario, sino que requiere de aliados y de cooperación constante para poder aprovechar su estatus de nación ártica.

El Ártico es una fuente de riqueza de todo tipo y lo será cada vez más en el futuro; saber aprovecharlo incluye una vasta gama de valores, temas y aspectos. Por un lado, se trata de naturaleza, medioambiente, culturas, asuntos étnicos e indígenas, espirituales y, por el otro, de ganancias económicas, seguridad, control y ejercicio del poder. Generar un equilibrio entre lo que en el lenguaje de las ciencias políticas se conoce como el poder suave y el poder duro no es nada fácil. Canadá se encuentra en este camino.

Fuentes

BERGER, THOMAS R. y DOUGLAS ROCHE

1989 *The Arctic: Choices for Peace and Security: Proceedings of a Public Meeting*. Vancouver: Gordon Soules Book Publishers.

BORGERSON, SCOTT G.

2013 “The Coming Arctic Boom. As the Ice Melts, the Region Heats”, *Foreign Affairs* 92, no. 4 (julio-agosto): 76-89.

BURKE, DANITA CATHERINE

2018 *International Disputes and Cultural Ideas in the Canadian Arctic: Arctic Sovereignty in the National Consciousness*. Londres: Palgrave-Macmillan.

BYERS, MICHAEL

2019 “Cold, Dark and Dangerous: The Connection between the Arctic and Outer Space”, *The Globe and Mail*, 25 de julio, en <<https://www.theglobeandmail.com/opinion/article-cold-dark-and-dangerous-the-connection-between-the-arctic-and-outer/>>.

CARSON, LEE

2019 “The Arctic and Northern Policy Framework is a Good Start, but Now It’s Time for a New Generation of Leaders to Walk the Walk”, Hill + Nolton Strategies, 2 de diciembre, en <<https://hkstrategies.ca/en/the-arctic-and-northern-policy-framework-is-a-good-start-but-now-its-time-for-a-new-generation-of-leaders-to-walk-the-walk/>>.

COATES, KEN, P. WHITNEY LACKENBAUER, WILLIAM R. MORRISON
y GREG POELZER

2008 “The Final Race to the North Pole: Climate Change, Oil and Gas and the New Battle for the Arctic”, en Ken S. Coates, P. Whitney Lackenbauer, William R. Morrison y Greg Poelzer, *Arctic Front. Defending Canada in the Far North*. Toronto: Thomas Allen Publishers.

CONVENCIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS
SOBRE EL DERECHO DEL MAR (CNUDM)

1982 Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar, en <https://www.un.org/Depts/los/convention_agreements/texts/unclos/convemar_es.pdf>, consultada el 20 de agosto de 2019.

CRIADO, MIGUEL ÁNGEL

2020 “El cambio climático fertilizará millones de hectáreas en las zonas más frías del planeta”, *El País*, 13 de febrero, en <https://elpais.com/elpais/2020/02/12/ciencia/1581500453_310371.html>, consultada el 13 de febrero de 2020.

GOBIERNO DE CANADÁ

2019 *Canada’s Arctic and Northern Policy Framework*, 18 de noviembre, en <<https://www.rcaanc-cirnac.gc.ca/eng/1560523306861/1560523330587#s7>>, consultada el 12 de marzo de 2020.

GRIFFITHS, FRANKLYN , ROB HUEBERT Y P. WHITNEY LACKENBAUER

2011 *Canada and the Changing Arctic: Sovereignty, Security and Stewardship*. Ontario: Wilfrid Laurier University Press.

GULLIKSEN TØMMERBAKKE, SIRI

2019 “Why the Canadians are Provoked by the New and Ambitious Arctic Policy Document”, *High North News*, 12 de diciembre, en <<https://www.highnorthnews.com/en/why-canadians-are-provoked-new-and-ambitious-arctic-policy-document>>.

HIGGINBOTHAM, JOHN

2019 “We Need an Economic Vision for the Arctic, but Canada Lacks the Leadership”, *The Globe and Mail*, 4 de agosto, en <<https://www.theglobeandmail.com/opinion/article-we-need-an-economic-vision-for-the-arctic-but-canada-lacks-the/>>.

HØNNELAND, GEIR

2017 “The Global Fight against Canada in the Arctic”, en Geir Hønneland, *International Politics in the Arctic: Contested Borders, Natural Resources and Russian Foreign Policy*. Londres: IB Tauris.

LANDRIAULT, MATHIEU

2016 “Public Opinion on Arctic Sovereignty and Security”, *Arctic* 69, no. 2 (junio): 160-168. DOI: <10.14430/arctic4563>.

LÓPEZ MARTÍN, ANA GEMMA

2013 “Principios y reglas de solución aplicables a las controversias territoriales a la luz de la jurisprudencia de la Corte Internacional de Justicia”, *ACDI-Anuario Colombiano de Derecho Internacional* 6 (febrero): 15-45, en <<https://revistas.urosario.edu.co/index.php/acdi/article/view/2960/2399>>, consultada el 23 de febrero de 2020.

McKIBBEN, BILL

2020 “When It Comes to Climate Hypocrisy, Canada’s Leaders Have Reached a New Low”, *The Guardian*, 5 de febrero, en <<https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/feb/05/when-it-comes-to-climate-hypocrisy-canadas-leaders-have-reached-a-new-low>>.

MUNK SCHOOL OF GLOBAL AFFAIRS (MSGA)

2011 “Rethinking the Top of the World: Arctic Security Public Opinion Survey”, informe final, enero, Eko’s Research Associate Inc., en <https://munkschool.utoronto.ca/wp-content/uploads/2012/07/ArcticCouncil_GordonFoundation_2011.pdf>, consultada el 12 de marzo de 2020.

PORRAS FERREYRA, JAIME

2019 “Canadá tiene un problema con la energía”, *El País*, 1º de agosto, en <<https://elpais.com/economia/2020-08-01/canada-tiene-un-problema-con-la-energia.html>>.

SCHAFFER, MURRAY

1980 *North/White*. Toronto: Universal.

SHERRILL E., GRACE

2001 *Canada and the Idea of North*. Montreal: McGill-Queen’s University Press.

SILCOX, DAVID G.

2019 “The Arctic is the Soul of Canada. We Must Protect it at All Costs”, *The Globe and Mail*, 28 de julio, en <<https://www.theglobeandmail.com/opinion/article-the-arctic-is-the-soul-of-canada-we-must-protect-it-at-all-costs/>>.

TYRRELL, MARINA

2016 “Environmental NGOs Team Up with Inuit”, *Arctic Deeply*, 5 de mayo, en <<https://www.newsdeeply.com/arctic/community/2016/05/19/undrip-reconciliation-not-litigation-is-the-key>>, consultada el 6 de marzo de 2020.

VALENCIA, RUFO

2018 “Canadá refuerza la protección del Ártico canadiense”, *RCI*, 24 de agosto, en <<https://www.rcinet.ca/es/2018/08/24/canada-refuerza-la-proteccion-del-artico-canadiense/>>, consultada el 15 de enero de 2020.